

ha recibido por mano de ellas lo que no por manos de otros. Y no es inconveniente ser discípulo de unos en cuanto á la teología especulativa, y de otros cuanto á la práctica; pues hemos visto á unos ser sabios en una y no en otra. Y con todo esto es bien que V. md. no se apasione, tornando mucho por quien ama, sino pues es negocio de Dios, tratarlo como tal, que es con mansedumbre y oración y todo sosiego y modestia. No deje V. md. de comunicar las personas de quien sintiere recibir provecho su ánima; y cuando viese cosa que discrepase de los dogmas eclesiásticos ó de las costumbres aprobadas en la Iglesia por buenas, entonces apártese; cuando esto no, siga la vena que Dios le ha descubierto en el campo de esos siervos de Dios» (1).

6. Si en la carta precedente vemos á un hombre que discurre con sosiego, y juiciosamente determina lo que se debe creer acerca de la Compañía, en cambio, en el siguiente fragmento del Beato Juan de Ribera se trasluce el entusiasmo con que las almas piadosas, y sobre todo los celosos prelados, contemplaban la actividad religiosa de la Compañía. El celeberrimo patriarca D. Juan de Ribera, á quien ya vimos presentarse á San Francisco de Borja el año 1553 (2), empezó á gobernar la Iglesia de Valencia, siendo todavía bastante joven, y continuó, como es sabido, por más de cuarenta años en la faena gloriosísima de purificar, instruir y santificar la importante diócesis que Dios le encomendó. En esta larga y fecunda carrera tuvo ocasión de ser testigo presencial del primer medio siglo de la Compañía, y de conocer como pocos la índole de nuestros ministerios y trabajos. El año 1607, cuando se estaban haciendo diligencias para la beatificación de San Ignacio, hubo de ir el Beato Juan á Gandía, para tomar informaciones sobre algunos milagros que había hecho en aquella población nuestro santo Padre. Con esta ocasión, el santo prelado, predicando el día 13 de Mayo delante de gran concurso y de muchos religiosos de varias Órdenes, hizo un elogio de la Compañía, que vamos á trasladar, tal como se encuentra en una carta del P. Miguel Julián al P. Ribadeneira. Observará el lector que se mezclan en este fragmento los textos del beato con las palabras del narrador. Esta poca artística mezcla es una prueba de la sinceridad del relato.

Dice, pues, el P. Julián, que el santo prelado, después de predicar sobre el evangelio del día habiendo descansado un poco, empezó como nuevo sermón en esta forma: «Siempre he tenido muy asen-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 502.—(2) Véase la pág. 317.

tado este pensamiento (señalando con la mano la frente), que el mayor testimonio de la santidad del beato P. Ignacio, es la religión que él fundó, tan santa (donde comenzó á alabar la Compañía muy en particular, con tanto sentimiento y ternura, que no solamente el predicador se enternecía mucho, sino que hizo derramar muchas lágrimas al auditorio), con un ejemplo tan universal, cual ha dado al mundo, tan extraordinaria mudanza en las costumbres, tanta frecuencia de los santos sacramentos, que en tiempo de nuestros abuelos, cuando mucho se allegaban de año á año al santísimo Sacramento, sin haber en toda la cristiandad quien más á menudo se llegase, y entonces con tan poca luz y aparejo, y agora es frecuentado tan á menudo por tantas personas que tratan de cosas de devoción y oración adonde la Compañía está, tanto fruto en las almas no sólo con la predicación, sino con tantos libros tan doctos, y mayormente contra los herejes. En las obras del V. P. Canisio está recogido todo cuanto los demás han escrito después. Sino, miradme la conversión de esas Indias, y para los herejes mirad á esa Inglaterra, Alemania y Francia. Al fin quiso Dios con su providencia, que al tiempo que se levantaban unas herejías tan peligrosas y tan contrarias al instituto de la Compañía, á ese mismo comenzase á resplandecer el P. Ignacio y sacase á luz su Religión, que enseñase y guardase las cosas totalmente opuestas á aquellas herejías, cuyo instituto fuese, como ha sido, un fármaco (que estas fueron sus palabras) contra todas ellas.» Termina su carta el P. Miguel Julián con estas palabras: «El Hermano que ha sacado esto, y con prisa no ha llegado de mil leguas á lo que el señor Patriarca predicó, ni menos al término y gran afecto con que lo dijo» (1). No es de maravillar que algunos hombres respetables de la Compañía, como el P. Ribadeneira, escribieran al beato Juan de Ribera cartas de agradecimiento por lo que dijo en este sermón.

7. Este mismo religioso entusiasmo, esta admiración sincera de los principios y progresos de la Compañía, la descubrimos en dos hombres insignes, que trataron bastante con San Ignacio, conocieron bien su espíritu, y por la posición que ocupaban en la sociedad, pudieron no saber como quiera, sino ver á los ojos lo que obraba la

(1) *Archivo general de Valencia. Órdenes religiosas suprimidas*, núm. 90. En este legajo hay dos tomos en 4.º, que llevan este título por defecto: «Varias materias para la historia de la Provincia», y después viene un tomo en folio sobre las mismas materias, y en la p. 129 está la carta que aquí copiamos. Recientemente ha sido trasladado este legajo al Archivo histórico nacional de Madrid.

Compañía. Véase la idea que se había formado de nuestra Orden el papa Julio III, según la manifestó él mismo al cardenal de Carpi: «Este día, escribe Polanco, contaba el cardenal de Carpi á nuestro Padre que, hablando al papa del colegio que se enviaba á Loreto (del cual Su Santidad mucho se alegró), entraron en hablar de la Compañía con mucho gusto; y decíale el cardenal que de este colegio de Roma presto tendría esta Sede gente para humillar y confundir cuantos herejes había, y respondió el papa que era gran cosa la desta Compañía, y que ni la religión de San Benito, ni la de Santo Domingo, ni de San Francisco, no habían tenido tal aumento en tan breve tiempo, y otras cosas que muestran la buena estimación y afición que tiene» (1).

Exagerado parecerá este concepto, y ciertamente lo era en el punto en que lo ponía el cardenal de Carpi. ¡Ojalá hubiera podido la Compañía realizar tan estupendas esperanzas! Más en lo justo estaba el virrey de Sicilia, Juan de Vega, cuando al saber la muerte de San Ignacio, escribía al P. Laínez estas sentidas palabras: «Á nuestro Señor sean dadas infinitas gracias por haber recogido este su siervo para sí, al tiempo que juzgó ser más oportuno, con haber dejado acá tantos trofeos de su santidad y bondad, que no los gastará el tiempo, ni el aire, ni el agua, como otros que vemos ya deshechos, que fueron edificados por vanagloria y vanidad del mundo. Y considero yo el triunfo con que debe haber sido recibido en el cielo y honrado, quien delante de sí lleva tantas victorias y batallas vencidas contra gentes tan extrañas y bárbaras y apartadas de toda noticia de luz y religión, sino aquella que le fué alumbrada y abierta por este bienaventurado y santo capitán y por sus soldados, y cuán justamente se puede poner en el cielo su estandarte con el de Santo Domingo y San Francisco y otros santos, á quien Dios dió gracia de que hubiesen victoria de las tentaciones y miserias de este mundo, y librasen tantas almas del infierno, y cuán sin envidia será esta gloria y triunfo de la de los otros santos varones, y cuán diferentes de los triunfos y glorias de este mundo, llenas de tanta miseria y envidia, y con tanto daño y corrupción de la república. Lo cual todo es de grande consolación y de grande esfuerzo para que la pena de la sensualidad, por mucha que sea, se consuele de semejante pérdida, y se espere que de allá del cielo aprovechará y podrá hacerlo mucho mejor con su religión, y todos los demás que tuvieron y tienen conocimiento y

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. IV, p. 378.

devoción con su santa persona; y así me hará V. R. mucha merced, en especial ahora en estos principios, de avisarme del progreso de esa santa Compañía y de todo lo demás que le sucediere» (1).

8. Con el juicio de estos hombres, colocados en altísima posición social, juntemos el de otros que, si bien vivían apartados del mundo, pero por sus letras, género de vida y experiencia de cosas espirituales, se hallaban en estado de apreciar debidamente los trabajos de una Orden religiosa. Entre estos hombres debemos recordar con sincera gratitud á varios Padres dominicos, los cuales, por su virtud y ciencia sagrada, gozaban en el católico pueblo español de un crédito mucho más influyente de lo que ahora nos podemos imaginar, y emplearon generosamente ese crédito en defender á la Compañía y fomentar sus santas empresas. Ya vimos más arriba (2) la cordial acogida que dispensó al B. Pedro Fabro el confesor de Carlos V, fray Pedro de Soto. En Zaragoza, nuestro mayor amigo en los primeros años fué el prior de los dominicos, Fr. Tomás de Esquivel. En Salamanca nadie nos defendió mejor de los tiros de Melchor Cano que Fr. Juan de la Peña. Cuando, poco después de morir San Ignacio, se levantó en Sevilla la persecución del hereje Constantino contra la Compañía, los primeros en defendernos, como veremos en el tomo siguiente, fueron los maestros dominicos Burgos y Salas. En Valencia tuvieron los Nuestros la fortuna de gozar de la comunicación y amparo de dos santísimos religiosos dominicos, cuyas virtudes renovaban en aquella ciudad los ejemplos de San Vicente Ferrer. Eran éstos San Luis Beltrán y el venerable Juan Micó.

Del primero no tenemos noticias particulares, y sólo sabemos, en general, que recomendaba los trabajos de la Compañía, y la defendía y autorizaba con sus palabras (3). Fray Juan Micó dió en varias ocasiones muestras muy expresivas del grande aprecio que hacía de nuestros Padres y del singular amor con que abrazaba á la Compañía. Siendo provincial de su Orden, y predicando en Játiva el año 1549, explicó al pueblo la parábola de los obreros enviados por el padre de familias á trabajar en la viña. Aplicó la parábola al estado

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. VI, p. 421.

(2) Cap. II.

(3) «*Hand absimili [ac Micó] et animo et patrocínio ex eodem sacro Praedicatorum Ordine alterum Valentiae per idem tempus in comendati Sociorum labores in populis ad eos juvandos curandosque habebant.*» Orlandini, *Historia S. J.*, I. XIV, n. 70.

y vida de la Iglesia; y recordando los insignes patriarcas y Órdenes religiosas, enviados por Dios en diversos tiempos para el cultivo espiritual de la Iglesia, vino á decir que á última hora había enviado al P. Ignacio y á la Compañía de Jesús, cuyo espíritu y trabajos elogió extensamente (1). Trataba este santo varón familiarmente con los Nuestros, gozándose en saber noticias de la Compañía, y tenía tan buen crédito de nuestros Padres en materias de espíritu, que acudiendo á él cierto pecador insigne en busca de remedio, le remitió á nuestro colegio, asegurándole que nadie como los Padres de la Compañía sabría curarle las llagas de la conciencia (2).

La estima que hacía de los Nuestros el venerable Juan Micó debió extenderse á todos los dominicos de Valencia, pues algunos meses después de la muerte del santo varón, ocurrida en Agosto de 1555, quisieron hacer los Ejercicios de San Ignacio bajo la dirección de nuestros Padres. No sin señales de grata sorpresa expone este suceso el P. Pedro Cabrera en la carta cuatrimestre que escribió por Setiembre de 1556. «Una cosa, dice, me he olvidado de muy grande edificación, y es que, tratando los Padres Predicadores con los de la Compañía, viniéndonos muchas veces á visitar el mismo prior y provincial de la Orden, personas que son lumbre y espejo de toda la religión, por ser personas tan notables, quisieron decir la misa cantada el día de San Pablo, que hicimos fiesta en nuestra iglesia, y después los mismos pidieron les diesen los Ejercicios, y así los han hecho, y después los han hecho ocho ó nueve frailes de la misma Orden que habían de ir á reformar un monasterio de su Orden, unos en nuestro colegio, y otros en su mismo monasterio, adonde iba un Hermano á dárselos, porque en casa no había lugar para tantos. Cierta, Padre, que es harto grande la confusión de todos los que en este colegio estamos, ver en cuánto son servidos por todos los de las otras religiones; tanto, que casi nunca salen de casa, que, si puedan, no vengan á tratar con nosotros de cosas de Dios. Bendito sea el Señor por todo, que tanto sabe prosperar sus cosas» (3).

9. Pero tratándose de los amigos que nuestra religión tuvo en la sagrada Orden de Predicadores, no es posible olvidar al asceta elocuente, al bien escribir, do y espontáneo, al gran maestro de bien obrar y de bien enseñar, venerable P. Fr. Luis de Granada. Co-

(1) *Epistolae mixtae*, t. II, p. 17.

(2) *Ibid.*, t. III, p. 696. *Historia S. J.*, t. IV, p. 334.

(3) *Litterae quadrimestres*, t. IV, p. 473.

noció á la Compañía por primera vez en Portugal. Ignoramos el tiempo preciso en que esto sucedió; pero por dos cartas suyas que conservamos, escritas en portugués (1), nos consta que ya en 1548 era amigo sincero y muy familiar de nuestros Padres. Cuando en Octubre de 1551 fueron mandados algunos de los Nuestros para abrir el colegio de Évora, hallábase Fr. Luis en esta ciudad ejercitando fervorosamente la predicación. Luego que supo la fundación que proyectaba hacer el infante D. Enrique, fué á visitar á Su Alteza, y le besó las manos, agradeciéndole el colegio que deseaba fundar, como si fuera un beneficio hecho á él y á su Orden. Viéndole D. Enrique con esta benévola disposición, rogóle que desde el púlpito dijese algo al pueblo en recomendación de la Compañía y del colegio que se iba á empezar. Aceptó Fr. Luis de buen grado la propuesta, y en el primer sermón que predicó dilatose en alabanzas de la Compañía, diciendo que su instituto era verdaderamente apostólico, y que todo el deseo de la nueva Orden religiosa era restituir los cristianos á la virtud y santidad de la primitiva Iglesia (2). Tan afectuosas muestras de amor dió á los Nuestros por aquellos días, que los Padres de Évora, escribiendo á los de Coimbra, decían de Fr. Luis estas significativas palabras: «Éste es muy devoto de nuestra Compañía, y puédenlo tener por un profeso de ella» (3).

Cinco años después, en 1556, cuando Melchor Cano volvió á la carga contra los Nuestros en Valladolid, como veremos en el tomo siguiente, Fr. Luis de Granada salió denodadamente á la defensa de la Compañía, y como nuestro enemigo escribió varias cartas que corrían de mano en mano, llenas de dictérios contra nuestros Padres (4), también Fr. Luis escribió su carta, dirigiéndola á un Padre de la Compañía. En este documento precioso, á vueltas de una sincera humildad que verdaderamente enamora, manifiesta el eminente escritor la opinión altísima que tenía formada de nuestra Orden. Dice así: «Muy Reverendo Señor: Sabe nuestro Señor con cuánta pena leí la carta de Vmd, porque no quisiera yo que con tanta costa nuestra creciera el provecho de VV. RR., porque en este negocio no temo el daño de quien padece la injusticia, sino de quien la hace. Porque bien sé que el estilo de Dios nuestro Señor es hacer dulces

(1) *Epistolae Sanctorum*, f. 84.

(2) *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 451.

(3) *Ibid.*, p. 472.

(4) En el tomo siguiente hablaremos de estas cartas, ya publicadas por Fermín Caballero.

las aguas con sal, y alumbrar los ojos con el barro, y sanar las llagas con masa de higos, y multiplicar los hijos de Israel con las persecuciones de Faraón, y el pueblo de los cristianos con la guerra de los tiranos. Antes, la más común manera de obrar suya es usar de los medios de los adversarios para hacer sus hechos, como usó de la venta de Joseph con que los hermanos querían deshacer sus sueños, para verificar sus sueños. Y así me parece que en esto ha de venir á parar esta nueva contradicción, que aunque tira á derribarlos, los ha de ser ocasión de andar más humildes, más religiosos, más ejemplares, más cautos y más devotos, y por consiguiente, más bien quistos y más bien acreditados del mundo. Y así, lo que aquel Padre toma por medio para abatirlos, toma Dios por medio para levantarlos, y más verdad es que él barbecha para VV. RR., que VV. RR. para el Antecristo. Para mí tengo por cierto, que aquel de quien dice Job *qui ponit ventis pondus*, y proveyó á S. Pablo de aquel estímulo de la carne para que la grandeza de las revelaciones no le ensalzase, ése ha proveído á VV. RR. de este azote, para que la grandeza del aplauso y buen recibimiento del mundo no los levante. Acuértese V. R. que los sembrados á tiempos han menester blandura, y á tiempos helada y seca, para que con lo uno suban á lo alto, y con lo otro arraiguen en lo bajo, y lo mesmo han menester las plantas espirituales que Dios planta en su Iglesia para ser en ella glorificado. Porque así como con las alabanzas, cuando no son demasiadas, crece la virtud, así con las tribulaciones la fortaleza. Alégrese V. R. que la Compañía procede por los mismos términos por donde procedió la primitiva Iglesia; y ¡ay de Roma cuando le faltare Cartago! Lo que á V. R. pido es, que ruegue á nuestro Señor, en celo de perfecta caridad, que no nos azote el Señor por la culpa de uno, que este es el mayor temor que tengo. Yo no tendría por inconveniente que por parte del consejo de la Inquisición se pusiese silencio á persona que escandaliza al pueblo, poniendo boca en el Estado que la Iglesia tiene aprobado, y llamando uñas del Antecristo á los que no puede probar que sean herejes, porque tales habían de ser los que ese nombre merecían. Y porque estoy en semana santa con cargo de predicar tres sermones, no me alargo más en ésta, sino suplicar á nuestro Señor more siempre en su ánima, y le saque con muchas riquezas y prosperidades de esta nueva tribulación.—De Lisboa, postrero de Marzo 1556.—Fr. Luis de Granada» (1).

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 554

Salgamos de los claustros religiosos y escuchemos la voz de otros insignes maestros, á quienes su mucho saber y reposado juicio daban especial competencia para apreciar debidamente el carácter de la Compañía. Entre los grandes maestros que regentaron cátedras universitarias en el siglo XVI, pocos alcanzaron un renombre tan ilustre y bien merecido como el Dr. Navarro, Martín de Azpilcueta, teólogo profundo y canonista incomparable, cuyo largo magisterio en varias universidades formó una legión de hombres sólidamente instruídos en las ciencias eclesiásticas. Este célebre doctor desempeñó la cátedra de prima, en Coimbra, durante unos quince años, que casi coincidieron con los quince primeros de la Compañía (1). Cuando, concluído este largo y glorioso magisterio, salió de Portugal en Diciembre de 1554, hizo alto en Salamanca, y véase la tierna entrevista que tuvo con los Padres de nuestro colegio el día 29 del mismo mes, según la refiere el P. Antonio de Córdoba escribiendo á San Ignacio.

«El Dr. Navarro, el de Coimbra, con quien nos ha consolado hoy nuestro Señor, vino á esta casa, pasando de camino para Navarra, y decíanos que venía á dar la obediencia á esta casa, como la tenía dada á la Compañía; y como si fuera de ella, abrazó á los Hermanos, echándose en tierra á besar las manos á todos los que le llegaban á hablar. Díjonos que le habían escrito al camino, que el rey había dado el colegio real de Coimbra á la Compañía, y que lo creía por lo que él había tratado con Su Alteza y con el infante D. Luis, y que se gozaba sumamente por el provecho grande que en estos nuestros colegios se hace, y que creía que, así aquel de Coimbra como los demás que se fundaren nuestros, tendrían grandes contradicciones por ser la mayor armada que nunca se hizo contra el demonio, la que en esta empresa que V. P. ha tomado se hace.

También nos decía cuánto deseaba ver muy fundado este colegio [de Salamanca] y el de París, por ser las fuentes de las letras, y adonde más concurso hay de gente extranjera» (2).

(1) *Vide* Arigita y Lasa, *El Doctor Navarro*, p. 157.

(2) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 486. El P. Franco (*Synopsis Annalium Soc. Jes. in Lusitania*, p. 12) aduce un testimonio sumamente honorífico en favor de la Compañía y del colegio de Coimbra, dado por Azpilcueta en 1544. Ni he descubierto el original, ni he hallado en los contemporáneos alusión alguna á tal testimonio. Por otra parte, el grave yerro cronológico que encierra, y que ha sido notado oportunamente por el Sr. Arigita (*El Doctor Navarro*, p. 171), me hace dudar de la autenticidad de un documento que sólo aparece en una obra impresa el año 1726.